

RALPH WALDO EMERSON
Sociedad y soledad

Edición y traducción de
RAÚL NARBÓN y JAVIER ALCORIZA

ÍNDICE

Introducción,	9
Cronología,	19
Nota sobre la edición,	25
Bibliografía,	27

SOCIEDAD Y SOLEDAD

Sociedad y soledad,	33
Civilización,	43
Arte,	55
Elocuencia,	69
Vida doméstica,	95
Agricultura,	115
Los trabajos y los días,	127
Libros,	147
Clubs,	169
Valor,	187
Éxito,	205
Vejez,	225

INTRODUCCIÓN

ES UNA REGLA BÁSICA de la lectura de toda obra literaria que cada libro debe ser apreciado en su contexto. *Sociedad y soledad* fue publicado en 1870. Se trata de un libro tardío, de la madurez del filósofo norteamericano Ralph Waldo Emerson (1803-1882). Los capítulos que lo componen, como ocurre con otros textos suyos, fueron antes conferencias pronunciadas ante un público, y después preparadas como ensayos para formar un volumen. Es el procedimiento de publicación que llevaba la voz del autor a la página impresa, un trayecto en que los pensamientos debían quedar amortiguados y, al mismo tiempo, deliberadamente perpetuados. Emerson fue un escritor prolífico y cuidadoso. *Sociedad y soledad* tiene la altura de otras grandes obras literarias de la década de 1870 en los Estados Unidos, como *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain, o *Roderick Hudson*, de Henry James, y marca otra cima de su producción; pero además de eso es un libro de filosofía, y esta obviedad obliga a corregir o matizar el punto de partida, ya que las obras escritas de filosofía generan nuevos contextos de lectura. No se limitan a pasar de la voz a la página, sino que pretenden recuperar la forma dialogada o trascendente en la mente del lector, aleccionado inesperadamente por un maestro del pasado.

No es tan obvio que la literatura o la poesía puedan provocar ese despertar, en lugar de cierta nostalgia que conduce a territorios aún inexplorados. Habría en la poesía un elemento de locu-

ra o revelación que la filosofía ha tratado de extirpar o, al menos, controlar, incluso con las propias armas poéticas. Así, Emerson el filósofo contradice a Wordsworth el poeta en un pasaje memorable de este libro, y de una manera indirecta: no por cuenta propia, sino por testimonios prestados, es decir, antes oídos que leídos. Por ese deslinde del Romanticismo entendemos una necesidad de este libro, un libro filosófico por antipoético, que apunta, como veremos, a la vejez del hombre, que es el mismo Emerson, porque el tema de la filosofía puede ser el «sencillo y sincero relato» del filósofo, incluso debe serlo cuando las condiciones políticas favorecen asumir la igualdad de la naturaleza humana. En cierto sentido, todo libro de filosofía debe lidiar con la incomodidad de la lectura, de la autoridad fijada en la página en virtud de una ocasión de oralidad superior. Las dificultades del filósofo con la tradición pasaban por ese punto. «Me encanta hablar», había escrito el amigo de Emerson, Henry David Thoreau, en *Walden*. Para volver de los libros al pensamiento compartido, de la soledad a la sociedad, era preciso ofrecer nuevos contextos para la lectura. Los capítulos de *Sociedad y soledad* son una serie de contextos para toda la obra, cuya trama aparece sutil, pero fuertemente entretejida. Diríamos que el hilo rojo en todas sus páginas es, desde luego, la voz de Emerson. Ahora bien, si bastara con la retórica de la Revelación, no habríamos pasado del púlpito a la plataforma o atril del conferenciante. El protagonismo ascendente, de índole religiosa, debía ser sustituido por cierta horizontalidad que resultara políticamente creíble. La sociedad democrática es el único público —una palabra muy repetida en estas páginas— al que se dirige el filósofo. No obstante, su amistad con ella tiene sus límites, trazados aquí con claridad: solo es posible congeniar con los hombres mejores, que son los que quieren mejorar. Los poetas habían sido los maestros pétreos de la tradición, de Homero a Shakespeare. La religión, el cristianismo del que descende Emerson, podía considerarse el santuario de la soledad del alma. *Sociedad y soledad* no sería una obra fundacional,

sino una elaboración dual o circular sobre los tiempos modernos de la industriosa —o antipoética, y cada vez más secularizada— América. ¿Puede ser un libro reflejo y guía de un país?

Hesíodo escribió un poema que tituló *Los trabajos y los días* en el que señalaba los periodos del año griego y enseñaba al agricultor, por la llegada de la constelación, cuándo era seguro sembrar, segar, recoger la leña, cuándo podría el marinero lanzar su bote a salvo de las tormentas y qué consejos de los planetas debía seguir. Está lleno de recomendaciones económicas para la vida de los griegos, y consigna la edad adecuada para casarse, las reglas para el ahorro doméstico y la hospitalidad. El poema rebosa piedad y prudencia, y se adapta a todos los meridianos al incorporar la ética de los trabajos y los días. Pero no llevó su estudio de los días a la investigación y el análisis que estos pedían.

¿Cómo había de proceder en su caso el autor? Emerson sitúa su capítulo sobre la vejez al final del libro, como para dar a los doce meses de la obra un sentido de conclusión de la vida humana. El comienzo de «Vejez», por cierto, es la anécdota sobre un texto oral pronunciado por el presidente Quincy, en que se cita *De senectute*, de Cicerón, una lectura recuperada a instancias de la ocasión. (Es también la ocasión de la prematura vejez del propio autor, ya que el texto fue escrito bastantes años antes de ser publicado). Emerson se atreve entonces a completar el texto de Cicerón, a mejorar al antiguo, a la vez que desarrolla los beneficios de la edad. La vejez sería la verdadera antigüedad del hombre, un episodio de su imposible pero no infructuosa aproximación a la inmortalidad. Al lector le costará no asumir ahí una perspectiva que, sin negar el deterioro temporal, supone otra invitación para aprovechar las lecciones de la naturaleza; le costará además no reconocer en esas voces últimas una sabiduría que comprendía el tema desde el ángulo de la experiencia. Estos son conceptos —naturaleza y experiencia— que arman, como es sabido, la es-

CRONOLOGÍA

1803

Ralph Waldo Emerson nace el 25 de mayo en Boston, Massachusetts, y es el cuarto hijo de Ruth Haskins y William Emerson.

1811

Su padre muere a los 42 años. La madre, mujer frugal, que aún vivirá cuarenta años más, se hace cargo de los hijos. Para costear los gastos acogerá huéspedes en casa. Gracias a la ayuda de «excelentes amigos», todos los hijos, excepto Bulkeley, que padecía retraso mental, terminarán por licenciarse en la Universidad de Harvard.

1812

Ingresa en la Escuela de Latín de Boston y comienza a escribir poesía. Estalla la guerra entre los Estados Unidos y Gran Bretaña (1812-1815).

1817

Se matricula en la Universidad de Harvard. El mismo año nace Henry David Thoreau. Empieza a llevar un diario, costumbre que lo acompañará durante toda su vida y que constituirá la materia prima de sus conferencias y publicaciones. Mantiene una correspondencia casi ininterrumpida hasta principios de los años treinta con su tía, Mary Moody Emerson.

1821-1823

Tras graduarse en Harvard se incorpora a la escuela femenina, que queda a su cargo en 1823, cuando su hermano William se traslada a Alemania para estudiar Teología. En su diario aparecen reflexiones sobre la falta de confianza en sí mismo, al tiempo que publica ensayos religiosos.

1825

Se inscribe como alumno en la Facultad de Teología de Harvard.

1827-1831

Empieza a predicar. Conoce a Ellen Louise Tucker, con la que se casará en 1829. Ellen muere de tuberculosis dos años después. Emerson acusa en su diario la pena que le causa la pérdida y, a finales de marzo del año siguiente, escribe: «He visitado la tumba de Ellen y he abierto el ataúd».

1832-1833

Abandona el púlpito de la Segunda Iglesia de Boston por sus dudas respecto a la pertinencia de celebrar el rito de la eucaristía. A los dos meses inicia su primera visita a Europa, espoleado por el deseo de descubrir «nuevas afinidades». En su viaje conocerá a Walter Savage Landor, John Stuart Mill, Samuel T. Coleridge, William Wordsworth y Thomas Carlyle, con el que mantendrá una amistad epistolar durante cuarenta años.

1834

Muere Coleridge. Emerson se traslada con su madre a la casa familiar de Concord.

1835

Conoce a Lydia Jackson, y en septiembre contraen matrimonio. Su hermano Edward muere de tuberculosis unos meses antes de la boda. Emerson compra una casa en Concord, en la que residirá hasta su muerte.

1836

Su hermano Charles muere de tuberculosis. En julio recibe a Margaret Fuller, con la que fundará el Club Trascendentalista. En septiembre publica anónimo su primer libro, *Naturaleza*, cuya primera tirada de quinientas copias se agota en apenas un mes. Nace su hijo Waldo.

1837

Pronuncia «El escolar americano» ante la sociedad Phi Beta Kappa, texto considerado la declaración de independencia cultural de los Estados Unidos.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

EN MARZO DE 1870, Emerson anotó en su diario, con cierto sentido del humor: «Mi nuevo libro se vende más rápido, según parece, que cualquiera de sus predecesores. Esto no se debe a su mérito, sino que demuestra que la vejez es un buen anuncio. Tu nombre se ha visto tan a menudo que debe de valer la pena comprar tu libro». *Society and Solitude; Twelve Chapters* [Sociedad y soledad. Doce capítulos], titulado así por Emerson, se publicó por vez primera en 1870. Fue el último libro preparado y supervisado por su autor. En los últimos años, las fuerzas de Emerson declinaron, y la siguiente obra fue editada por sus familiares. La mayor parte de *Sociedad y soledad* había sido compuesta años atrás. De hecho, en su momento fue pensado como el segundo volumen de *La conducta de la vida*, publicado en 1860. En esa continuidad hacen pensar los capítulos idealistas de «Arte», «Elocuencia», «Los trabajos y los días», «Valor» y «Éxito», frente a los más mundanos o realistas títulos de «Vida doméstica», «Agricultura», «Libros» y «Vejez». («Civilización» había sido una conferencia pronunciada en los años de la Guerra Civil). Emerson decidió editar los doce capítulos al final como un volumen con entidad propia y aplazar el contenido literario previsto para otra ocasión. Así, los textos sobre «Poesía e imaginación» o «Poesía persa» acabarían, en efecto, en *Letters and Social Aims* [Letras y propósitos sociales, 1875]. Retrasar la fecha de edición de ensayos ya escritos («Elocuencia», por ejemplo, se remontaba a 1827) indica, contra lo que pueda parecer, que se tra-

taba de conferencias a las que su autor aún sacaría partido en sus circuitos. Emerson dejaba de pronunciar las conferencias una vez impresas. La parte más dura del trabajo suponía para él recomponer textos ya escritos. A nuestro juicio, la identidad de su libre expresión se sobrepone a las circunstancias editoriales: en Emerson hay antes adaptación a su propia edad que concesión a la época, tal como era de esperar en quien sabía que «un hombre no llega a familiarizarse consigo mismo, sino que siempre es una sorpresa».

Para la traducción, hemos seguido el texto fijado por H. G. Callaway, que reproduce la primera edición de la obra, en *Society and Solitude; Twelve Chapters*. A New Study Edition, with Notes, Philosophical Commentary, and Historical Contextualization. With a Preface by Herman J. Saatkamp, Jr. (The Edwin Mellen Press, Lewiston, NY, 2008). En varios pasajes del texto, la traducción de «scholar» como «escolar» responde coherentemente a una serie de ediciones críticas en castellano de las obras de Emerson (en la escritura de Emerson desde «El escolar americano», conferencia incluida en *Naturaleza y otros escritos de juventud*) en que aparece el término referido a un «hombre representativo» que se propone precisamente cierta mediación entre los estados ideales de la soledad y la sociedad del escritor. Respecto a las notas, hemos identificado a pie de página las del propio Emerson; las demás son de los traductores, a fin de señalar ciertos pasajes de obras citadas por él. Cualquier enciclopedia facilitará la información adicional que supondría un desvío en la lectura de los elaborados párrafos de Emerson. Cabe decir, por último, que había una traducción al castellano de *Sociedad y Soledad* (traducción directa del inglés y prólogo por Enrique Massaguer, Minerva, Barcelona s/f). Por lo pionero, el trabajo de Massaguer es meritorio, pero resulta deficiente tanto por los errores cometidos como por las flagrantes omisiones del texto original. La nuestra es la primera traducción íntegra en castellano de *Sociedad y soledad*.

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS

- Works of Ralph Waldo Emerson*, ed. de J. Elliot Cabot, Riverside Edition, Nueva York, 1883.
- The Complete Works of Ralph Waldo Emerson*, ed. de Edward Waldo Emerson, Centenary Edition, 12 vols., Houghton Mifflin, Boston y Nueva York, 1903-1904.
- The Letters of Ralph Waldo Emerson*, 9 vols., ed. de R. L. Rusk y E. M. Tilton, Columbia University Press, Nueva York, 1939-1994.
- The Early Lectures of Ralph Waldo Emerson*, 3 vols., ed. de S. Wicher, Belknap Press, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1960-1972.
- The Journals and Miscellaneous Notebooks of Ralph Waldo Emerson*, 16 vols., ed. de W. Gillman *et al.*, Belknap Press, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1960-1982.
- Essays & Lectures*, ed. de J. Porte, The Library of America, Nueva York, 1983.
- Complete Sermons of Ralph Waldo Emerson*, ed. by A. J. von Frank *et al.*, Missouri UP, Columbia, 1989-1992.
- Essays & Poems*, ed. de J. Porte, Harold Bloom y Paul Kane, College Edition, The Library of America, Nueva York, 1996.
- Emerson in His Journals*, ed. de J. Porte, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1982.
- The Collected Works of Ralph Waldo Emerson*, vol. 7: *Society and Solitude*, Historical Introduction, Notes and Parallel Passages by R. A. Bosco, Text Established and Textual Introduction by D. E. Wilson, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2008.
- Society and Solitude; Twelve Chapters*, A New Study Edition, with Notes, Philosophical Commentary, and Historical Contextualization by H.

Sociedad y soledad

SOCIEDAD Y SOLEDAD

EN UNO DE MIS viajes conocí a un hombre con sentido del humor que tenía en su habitación una copia de la Medusa Rondanini, y que me aseguró que esa obra de arte figuraba equivocada en los catálogos, pues estaba convencido de que el artista había querido esculpir a Mnemósine, la madre de las Musas. En la siguiente conversación, mi nuevo amigo hizo algunas observaciones insólitas. Dijo: «¿No te das cuenta del tormento del estudio, y de que, como el verdugo del poema de Hood, cualquiera de los escolares que has conocido en S., aunque fuera el último hombre sobre la tierra, querría guillotinar al penúltimo?». Luego añadía un buen puñado de comentarios agudos, pero su evidente franqueza atrajo mi atención, y al cabo de unas semanas habíamos trabado relación. Era un hombre capaz, poseía un carácter afable y carecía de vicios, pero tenía un defecto: no sabía hablar la lengua de la gente corriente. Había cierta parálisis en su voluntad, de tal forma que, cuando conocía a alguien, hablaba medrosamente y no llegaba a parte alguna, como una jovencita atolondrada. La conciencia de su defecto no hacía más que empeorarlo. Envidiaba el habla masculina de todos los cabreros y leñadores de taberna. Codiciaba el *don terrible de la familiarité* de Mirabeau, por creer que al que más han de temer los reyes es al menos simpático. Decía de sí mismo que no podía estar lo bastante solo para escribir una carta a un amigo. Dejó la ciudad y se escondió en las praderas. El río solitario no era lo bastante solitario: la luna y el sol lo dejaban expuesto. Cuan-

do compró una casa, lo primero que hizo fue ponerse a plantar árboles. Nunca era suficiente cuanto pudiera ocultarse. Por aquí un cerco, por allá una encina, árboles y más árboles; y lo más importante, perennes, porque guardarían el secreto durante todo el año. El mejor cumplido que podíais hacerle consistía en sugerir que no reparabais en su presencia en una calle donde os lo habíais cruzado. Aunque le mortificaba ser visto allá donde estuviera, se consolaba con el delicioso pensamiento de los innumerables lugares donde no estaba. Lo único que le pedía al sastre era un corte y color sobrios que ni por un instante llamaran la atención. Viajó por Viena, Esmirna, Londres y, para su horror, en medio de ese abanico de disfraces, de ese carnaval y caleidoscopio de trajes, no acertó a ver a un solo hombre con una indumentaria semejante a la suya. Habría dado su alma por el anillo de Giges. El desaliento que le causaba su propia visibilidad había mitigado su miedo a la muerte. Decía: «¿Crees que me asusta que me disparen, a mí, que quiero despojarme de mi envoltorio corporal para escabullirme hacia las estrellas lejanas y poner diámetros de sistema solar y órbitas siderales de distancia con todas las almas; y pasar allí eras en soledad y aun olvidar la memoria misma, si eso fuera posible?» Sentía una culpa rayana en la desesperación debido a sus *gaucheries* sociales, y andaba millas y millas para librarse de los tics de su cara, de los espasmos en los brazos y el encogimiento de hombros. Dios puede perdonar los pecados, decía, pero la torpeza no tiene perdón ni en el cielo ni la tierra. De Newton admiraba no tanto su teoría lunar como la carta que escribió a Collins, en la que le prohibía escribir su nombre junto a la solución del problema en las *Transacciones filosóficas*: «Me inclino a rechazar de plano lo que pueda acrecentar mi notoriedad».

Al poco tiempo, estas conversaciones me hicieron pecatarme de casos similares, y descubrí que no son nada infrecuentes. Unas pocas sustancias se hallan puras en la naturaleza. Las constituciones que pueden soportar a la intemperie el trato en crudo

con el mundo han de tener la estructura normal y corriente del hierro y la sal, el aire de la atmósfera y el agua. Pero hay metales como el potasio o el sodio que, para guardar su pureza, necesitan conservarse en nafta. Así son los talentos destinados a cierto campo, que una civilización culminante alienta en el corazón de las grandes ciudades y los salones reales. La naturaleza protege su propia obra. Para la cultura del mundo es indispensable un Arquímedes, un Newton, así que los blindo mediante cierta aspe-reza. Si hubieran sido buenos compañeros, aficionados al baile, al puerto y a los clubs, no habríamos tenido una *Teoría de la esfera* ni unos *Principia*. Tenían esa necesidad de aislamiento propia de los genios. Deben permanecer sobre su trípode de cristal si quieren conservar su electricidad. Incluso Swedenborg, cuya teoría del universo se basa en el afecto, y que reprende hasta cansar los peli-gros y vicios del intelecto puro, se ve obligado a hacer una singular excepción: «También hay ángeles que no viven en compañía, sino separados y cada uno en su casa; habitan en el centro de los cielos, porque son los mejores de entre los ángeles».

Conocemos a muchos genios excelentes con aquel defecto que los hacía incapaces para cualquier cosa útil, incluso para escribir una frase con claridad. Peor es, y hasta trágico, que no haya ni un hombre de rasgos excelentes que encaje en la sociedad. De lejos es admirable, pero, si os aproximáis a él, veis a un lisiado. Uno se protege con la soledad, otro con cortesías y otro con mane-ras ácidas y mundanas, disimulando cada uno hasta donde puede lo fina que es su piel y su incapacidad para una verdadera asociación. Pero no hay remedio que pueda dar en el corazón de la en-fermedad, salvo el hábito de la confianza en sí mismo, que debe, en la práctica, hacer al hombre independiente del género huma-no, o bien la religión del amor. Ahora bien, parece que aquel in-dividuo no tenga derecho a casarse, pues ¿cómo podrá hacerse cargo de una mujer si no puede cuidar de sí mismo?

Anhelamos ser convencionales. Pero el cauteloso cielo se cuida de que no lo seas si hay algo en ti de provecho. Dante era un compañero horroroso y nunca lo invitaron a cenar; Miguel Ángel pasaba entonces una hora triste y amarga. Los ministros de la belleza rara vez pintan algo entre carruajes y salones. Colón no descubrió ninguna isla ni arrecife tan solitario como él mismo. Pero cada uno de estos potentados adivinó el motivo de su exclusión. ¿Eran solitarios? Pues sí, pero su sociedad se encontraba limitada tan solo por el volumen de naturaleza cerebral apropiada para que en esa época cargaran sobre sus hombros el gobierno del mundo. Cuando hubo que decidir quién iría a Roma, Dante dijo: «Si me quedo, ¿quién irá?; y si voy, ¿quién se quedará?».

Pero la necesidad de estar solo es más profunda de lo que hemos dicho, y es orgánica. He visto a más de un filósofo cuyo mundo es lo suficientemente grande para una sola persona. Finge ser un buen camarada, pero nosotros vamos a la caza de su secreto, que consiste en que necesita y trata de imponer su sistema a todos los demás. La determinación de cada uno proviene de todos los demás, como la de cada árbol que crece al aire libre. No es de extrañar que nuestras relaciones sean superficiales, ya que cada uno vive dentro de su propia cabeza. Como le sucede al presidente Tyler, a cada instante nuestros partidarios nos abandonan, y al final debemos montar solos en el tílburi. ¡Corazón mío, carga con esto, no hay cooperación! Empezamos con las amistades, y toda nuestra juventud es un explorar y reclutar una santa hermandad que se reunirá para salvar el mundo. Pero aunque las estrellas más remotas parecen una nebulosa de luz común, no hay constelación que un telescopio no pueda aislar en sus partes, y hasta los mejores amigos están separados por abismos infranqueables. La cooperación es involuntaria y nos es impuesta por el genio de la vida, que se la reserva como una de sus prerrogativas. Nos gusta hablar; nos sentamos y meditamos y nos sentimos serenos y completos, pero en cuanto tratamos con alguien, cada uno se convierte en un fragmento.